

Los lagartos carniceros. Contáronnos la historia de una muchacha de Uritucu que se había salvado de los dientes de un cocodrilo, por una extraordinaria intrepidez y presencia de espíritu. Así que se sintió mordida, buscó los ojos del fiero animal y metiéndole los dedos con tal violencia, que el dolor obligó al cocodrilo a soltarla, llevándosele desde el codo todo el brazo izquierdo y á pesar de la mucha sangre que perdía la desventurada india, pudo llegar á la orilla nadando con el brazo que la quedaba. En aquellos países desiertos donde el hombre está en continua lucha con la naturaleza, se hace un estudio particular de los medios que pueden emplearse para escapar de un tigre, una boa ó Traga-Venado, y de un cocodrilo: cada cual se prepara, por decirlo así, al daño que le aguarda; y la joven de Uritucu decía friamente, yo sabia que el caiman suelta, metiéndole los dedos por los ojos. Mucho tiempo despues de mi regreso á Europa he sabido que los negros en el interior del Africa, conocen y emplean este mismo medio. ¿Quién no se acuerda con el mayor interés, de *Isaato*, aquel guia del infortunado Mungo-

Park, que escapó dos veces de los dientes de un cocodrilo, cerca de Boulin kombou, por haber acertado debajo del agua á poner los dedos en los ojos del monstruo? El africano *Isaaco* y la joven americana debieron su salvacion á una misma presencia de ánimo y á una misma combinacion de ideas. El cocodrilo del Apure ataca con movimientos rápidos y violentos, sin embargo de que se arrastra con la lentitud de una salamandra cuando no está excitado por la cólera ó el hambre; cuando corre, hace un ruido seco que parece provenir de la frotacion que ejercen las placas de su piel las unas contra las otras, y en este movimiento encorba el lomo y parece mas alto que cuando está en reposo. Hemos oido muy de cerca en las playas este ruido de las placas, pero no es cierto, como dicen los indios, que los cocodrilos viejos pueden, al modo que los Pangolinos, enderezar sus escamas y todas las demas partes de su armadura. El movimiento de este animal es generalmente en linea recta, ó como una flecha que

Mungo-Park's last Mission to Africa, 1815, p. 89.

de distancia en distancia cambia su direccion; á pesar de las cotas que le ligan las vértebras del cuello, y que parecen impedirle el movimiento lateral, se vuelve muy fácilmente cuando quiere: yo he hallado algunos chiquitos que se mordían la cola, y otros observadores han visto hacer el mismo movimiento á los cocodrilos adultos; si sus movimientos son siempre rectilíneos es porque, semejantes á nuestros pequeños lagartos, los ejecutan á empujones.

Los cocodrilos nadan y remontan fácilmente contra las corrientes mas rápidas; sin embargo me ha parecido que cuando bajan el río tienen dificultad en volverse sobre sí mismos. Un dia que fué perseguido un gran perro que nos acompañaba en el viage de Caracas al Río Negro, el perro escapó á su enemigo virando de bordo y dirijiéndose repentinamente contra la corriente. El cocodrilo ejecutó el mismo movimiento, pero con muchas mas lentitud que el perro que salió salvo á la orilla. Los cocodrilos del Apure, hallan un alimento abundante en los *Chiguire*s (los *Cabiais* de los naturalistas), que viven en rebaños de 50 á 60 individuos en las orillas del

río: estos animales, grandes como puercos, no tienen arma alguna con que defenderse; y aunque nadan algo mejor que corren, son sin embargo en el agua la presa de los cocodrilos, y fuera la de los tigres. Parece increíble que estando perseguidos por dos enemigos tan terribles, sean tan numerosos los *Chiguire*s; pero se propagan con la misma prontitud que los cobayes ó pequeños puercos de la India, que nos han venido del Brasil.

Debajo de la boca del Caño de la Tigrera, en una sinuosidad, llamada la *Vuelta del Joval*, nos detuvimos para medir la velocidad del agua en su superficie; no era mas de 3,2 pies por segundo, es decir 2,56 pies de velocidad media. Estábamos de nuevo rodeados de *Chiguire*s, que nadan como los perros levantando la cabeza y el cuello fuera del agua. En la playa opuesta vimos un gran cocodrilo inmóvil y durmiendo en medio de estos animales Roedores; cuando arrimamos nuestra piragua se despertó y buscó lentamente el agua sin que los *Chiguire*s se ahuyentasen: atribuian los Indios esta indiferencia á la estupidez del animal; pero es mas probable que los *Chiguire*s

teros, corren a un pequeño galope tan corto que nos fué fácil cojer dos de ellos, y á pesar de que nadan con la mayor facilidad, despiden, cuando corren, un quejido, como si tuviesen embarazada la respiracion. Es el animal mas grande de la familia de los Roedores, y no se defiende sino á la última extremidad, cuando está herido ó apurado. Como sus colmillos posteriores son muy fuertes y largos, puede con su mordedura magullar la pata de un tigre ó de un caballo. Su carne tiene un olor de musco algo desagradable; sin embargo se hacen jamones de ella, con lo cual se justifica en parte el nombre de *puercos de agua* que han dado al Chiguire algunos antiguos naturalistas.

No hacen escrúpulo los padres misioneros en comer de estos jamones en la cuaresma, pues segun su clasificacion zoológica, colocan al Tatú, al Chiguire y al Lamantino, en la clase de las tortugas; el primero porque está cubierto con una especie de concha y los otros dos porque son anfibios. En las orillas de los rios Santo Domingo, Apure y Arauca en los pantanos y en las sabanas inundadas de los llanos, se hallan los

Chiguire tan numerosos que asolan los pastos¹; pacen la yerba llamada *Chiguirero* que es la que mas engorda á los caballos, y se alimentan tambien de pescado: hemos visto Chiguire que al arrimarnos con nuestras canoas se sumerjian y permanecian 8 y 10 minutos debajo del agua.

Pasamos la noche como á lo ordinario en campo raso, aunque en una plantacion cuyo propietario se ocupaba en la caza de los tigres: estaba casi desnudo y era acetrinado como un Zambo, lo cual no le impedia creerse de la casta de los blancos: llamaba á su muger y á su hija que estaban tan desnudas como él, Doña Isabel y Doña Manuela, y sin haber salido en su vida de las orillas del Apure, tomaba un vivo interés en

« las noticias de Madrid, en aquellas guerras continuas y en todas las cosas de por allá. » Sabia que el rey de España vendria muy pronto á visitar « las grandezas del pais de Caracas, » y añadia con mucha gravedad, « como las gentes de la corte no saben comer sino pan de trigo, sin

¹ Cerca de Uritucu, en el Caño del Ravanal hemos visto un rebaño de 80 á 100 individuos.

duda no querran pasar de la ciudad de la Victoria y nosotros no los veremos aqui. Yo llevaba un Chiguire que contaba hacer asar; pero nuestro huesped nos dijo, « que nosotros los caballeros blancos como él y yo, no eramos hechos para comer aquella *caza india*, » y nos ofreció carne de ciervo que habia cazado el dia anterior con una flecha, pues no tenia pólvora ni armas.

Suponiamos que un pequeño bosque de bananos nos ocultaba la cabaña de la hacienda; pero aquel hombre tan engreido de su nobleza y del color de su piel, no se habia tomado la pena de construir una choza en hojas de palmera. Convidónos a extender nuestras hamacas cerca de las suyas entre dos árboles, y nos aseguraba con un aire de satisfaccion, que si volviámos á venir durante la estacion de las lluvias, ya le hallaríamos bajo techo. Bien pronto tuvimos ocasion de lamentarnos de una filosofia que favorece la pereza y hace al hombre indiferente á todas las comodidades de la vida. A cosa de media noche se levantó un viento furioso, seguido de relámpagos, truenos y un terrible aguacero que nos

caló hasta los huesos. Durante la tronada nos divertió un rato, un accidente bastante singular. El gato de Doña Isabel se habia subido á un tamarindo bajo el cual estábamos acostados; el animal espantado al ruido de los truenos se dejó caer en la hamaca de uno de nuestros compañeros, que despertándose con sobresalto y sintiéndose arañado, se creyó entre las uñas de alguna bestia salvaje de la selva: corrimos todos á sus gritos y nos costó mucho sacarle de su error.

En tanto que llovía á cantaros sobre nuestras hamacas y sobre nuestros instrumentos que habíamos desembarcado, don Ignacio nos felicitaba de nuestra buena suerte de no haber dormido en la playa, sino que hallábamos en sus dominios entre *gente blanca y de trato*. Como estábamos tan mojados, no podíamos persuadirnos de las grandes ventajas de nuestra situacion y no sin impaciencia escuchamos la larga relacion que nos hizo nuestro huesped de su pretendida expedicion al rio Meta, del valor que habia manifestado en un ataque contra los indios Guahibos, y de los servicios que habia hecho á Dios

y á su rey, arrebatando los indiecitos de poder de sus padres para repartirlos en las misiones. ¡ Espectáculo bien extraordinario, el de un hombre que se cree de raza Europea, que no tiene mas abrigo que un árbol, y que posee todas las pretensiones vanas, todas las preocupaciones hereditarias y todos los errores de una larga civilización!

El primero de abril al salir el sol nos despedimos del señor don Ignacio y de la señora doña Isabel su muger. Estaba el tiempo fresco, pues el termómetro que se sostenía generalmente en el día á 30°, bajaba á 24°. La temperatura del río cambiaba muy poco y era constantemente de 26° á 27°: la corriente traía una infinidad de troncos de árboles. Era de suponer que en un terreno enteramente plano, donde la vista no percibe la menor colina, se hubiera abierto el río por la fuerza de la corriente, un canal en línea recta; mas una mirada sobre el mapa que yo he trazado sobre aladuras de la brújula, prueba lo contrario. Las dos orillas escavadas por las aguas, no ofrecen una resistencia igual, y algunas desigualdades de nivel casi insensibles

bastan para producir grandes sinuosidades. Sin embargo debajo del Joval, donde el álveo del río se extiende un poco, forma un canal que parece exactamente alineado y al cual dan sombra por ambos lados, unas arboledas muy elevadas. Llámase esta parte del río el *Caño rico*; y le hallé de 136 toesas de anchura.

Pasamos una isla baja, habitada por una infinidad de flamencos, esparavanes, garzas reales y gallinas de agua, que presentaban una mezcla de mil colores: estaban tan apiñadas estas aves á otras que parecían no poder moverse; la isla en que habitan es llamada *isla de las Aves*. Mas abajo pasamos el punto donde el río Apure envía un brazo (el río Arichuna) al Cabullare, perdiendo aquel un volumen de agua muy considerable. Hicimos alto sobre la orilla derecha en una mision poco considerable habitada por la poblacion de los Guamos: todavía no habia sino 16 á 18 cabañas construidas de hojas de palmera, sin embargo los estados estadísticos que los misioneros presentan anualmente á la corte designan esta reunion de cabañas bajo el nombre de lugar de *Santa Bárbara de Arichuna*.

Son los Guamos una raza de indios que tienen mucha dificultad en fijarse en ningún país; tienen mucha analogía en sus costumbres con los Achaguas, los Guajibos y los Otomacos, á los cuales se asemejan en su poca limpieza, su espíritu de venganza y su gusto por la vida errante; pero su lenguaje es muy distinto. La mayor parte de estas cuatro tribus se alimenta de la pesca y de la caza en las llanuras, por lo mas inundadas, situadas entre el Apure, el Meta y el Guaviare. La misma naturaleza de aquellos parages parece convidar á los pueblos á una vida errante. Bien pronto veremos que en las montañas de las Cataratas del Orinoco, entre los Piroas, los Macos, y los Mariquitares, se hallan las costumbres mas suaves, el amor á la agricultura y una admirable curiosidad en lo interior de las cabañas. En los cerros y en medio de los bosques impenetrables se ve el hombre obligado á fijarse y á cultivar un pequeño rincón de tierra: este cultivo exige poco trabajo, mientras que la vida del cazador es penosísima en un país donde no hay otros caminos que los rios. Los Guamos de la mision de Santa Bárbara no pudieron darnos las provisio-

nes que necesitábamos, pues no cultivaban sino un poco de yuca. Parecian muy afables, y cuando entrábamos en sus cabañas nos ofrecian pescado seco y agua refrescada en unos jarros porosos.

Mas allá de la *Vuelta del cochino roto*, en un parage donde el rio se ha socavado un nuevo cauce, pasamos la noche en una playa árida y muy dilatada. Como la selva era impenetrable, tuvimos mucha dificultad en encontrar leña seca para encender nuestras hogueras á lado de las cuales se creen los Índios en seguridad contra los ataques nocturnos del tigre. Nuestra propia experiencia parece apoyar esta opinion; pero el señor de Azara asegura que en su tiempo, en el Paraguay, vino un tigre á llevarse un hombre que estubo sentado junto á una hoguera.

Estaba la noche serena, pacífica y clara por el resplandor de la luna: los cocodrilos tendidos en la playa se colocaban de manera que pudiesen mirar al fuego, y hemos creido observar que su resplandor los atrae así, como á los peces, los cangrejos y demas habitantes de las aguas. Los Índios nos indicáron en la arena las huellas de tres tigres de los cuales dos pequeños; sin duda alguna

hembra que habia conducido sus crias al rio á beber. No hallando ningun árbol en la playa, plantamos nuestros remos en tierra para colgar las hamacas, y descansamos tranquilamente hasta las once de la noche. Entonces se levantó en el bosque inmediato un bullicio tan espantoso que era imposible pegar los ojos. Entre tantas voces de animales salvajes que gritaban á un mismo tiempo, no distinguian nuestros Índios sino las que se oian con separacion. Oian se los silbidos flautados del mono sapajú, los gemidos de los aluates, los bramidos del tigre del Cugar ó leon americano sin crin, y los gritos del Pecarí, del Hocco, del Parragua y de otras aves gallináceas. Cuando los Jaguares venian al borde de la selva, nuestro perro que hasta entonces no habia cesado de ladrar, comenzaba á ahullar y á buscar un asilo debajo de nuestras hamacas. A veces, despues de un largo silencio, se oia el grito de los tigres que venia de lo alto de los árboles, entonces seguia un silbido agudo y prolongado de los monos que parecian huir el peligro que les amenazaba.

Deténgome en detallar estas escenas nocturnas

porque, estando recientemente embarcados en el Apure, no estabamos todavia acostumbrados á ellas; mas despues se nos han repetido durante meses enteros, en todos los parages en que la selva estaba cerca de las orillas del rio. La seguridad que manifiestan los Índios inspira confianza á los viageros, que llegan á persuadirse como ellos, de que los tigres temen al fuego y que no atacan á un hombre acostado en su hamaca. En efecto son muy raros estos ataques y durante mi larga morada en la América meridional, no ha llegado á mi noticia otro ejemplar que el de un llanero que fué hallado despedazado en su hamaca enfrente de la isla de los Achaguas.

El dos de abril antes de amanecer nos hicimos á la vela: estaba la mañana hermosa y fresca, segun decian los que estaban acostumbrados á los calores de aquel pais. El termómetro al aire no subía mas de 28°, pero la arena blanca y seca de la playa habia conservado una temperatura de 36°, á pesar de la reflectacion hácia un cielo depejado. Las Toninas surcaban el rio en largas filas: las orillas estaban cubiertas de aves pesca-

doras, y algunas aprovechándose de los leños flotantes que descienden con la corriente, sorprenden á los peces que circulan en ella. Nuestra canoa dió varias veces contra estos maderos, cuyo choque cuando es muy violento puede causar la destruccion de un barco frágil. Tropezamos varias veces con la punta de algunos maderos que estan durante años enteros enclavados en el limo en una posicion oblicua. Baján estos troncos del Sarare, en la época de las grandes inundaciones, y llenan el rio de tal modo que las piraguas que remontan apenas pueden abrirse paso por los parages donde hay altos fondos y sinuosidades. Cerca de la isla de los Carizales vimos fuera del agua troncos de Curbaril de una grosor extraordinaria, cubiertos de unas ave-cillas, especie de *Plotus*, encaramadas en filas como los faisanes y los parraquas: mantiénense horas enteras inmóviles, con el pico elevado hácia el cielo, con un aire de estupidez muy particular.

Desde dicha isla de los Carizales advertimos una considerable disminucion de agua en el rio, cuya novedad nos extrañó mucho por no haber

ningun brazo, despues de la bifurcacion del Arichuna, que extrajese las aguas del Apure. Estas pérdidas son únicamente ocasionadas por la evaporacion y la filtracion de las playas arenosas y húmedas.

Cerca de la Vuelta de Basilio, habiendo saltado en tierra á cojer plantas, vimos en la copa de un árbol dos monitos muy lindos, negros de la talla del Saï, y con colas agarrantes: su fisonomia y movimientos indicaban no ser ni el *coaïta* ni el *chamek*, ni en general un atele, y aun los Índios que nos acompañaban no habian visto semejante especie. Aquellos bosques abundan en sapajús desconocidos á los naturalistas de Europa; y como los monos, especialmente los que viven por bandas, y que por esta razon son mas atrevidos, hacen largas emigraciones en ciertas épocas, sucede, que á la entrada de la estacion lluviosa, encuentran los Índios al redor de sus cabañas, algunos individuos cuyas razas les son desconocidas. Nuestros guías descubrieron en la misma ribera un nido de iguanas que no eran mas de cuatro pulgadas de largo, y que apenas se distinguian de un lagarto ordinario.